

Siempre me monto en el C4.

Supongo que cuando leáis esto, algunos pensaréis que lo que me sucedió no podía haber sido de otra forma. Que era lo que tenía que pasar, que cualquiera hubiera hecho lo mismo. Pero yo estuve allí y tengo mis dudas sobre ello. Es decir, todos piensan que lo harían, pero después ocurre y te quedas quieto porque, simplemente, eres incapaz de moverte.

Aquel día, del que no hace tanto, iba yo montada en el autobús que tomo cada día para asistir al instituto. Tenía que exponer un trabajo y lo cierto es que tenía pánico escénico. Iba a costarme. Fue por eso que cuando aconteció el hecho, yo estaba sopesando otros factores de mi vida.

Recuerdo un semáforo, que sería lo único en lo que me fijaría cuando ocurrió el accidente. Yo me encontraba revolviendo mis apuntes cuando, de repente, alcancé a escuchar un grito ahogado del conductor del bus: "Dios mío."

Y ahí fue cuando observé que nosotros nos habíamos detenido ante un semáforo, y lo que sucedía en el exterior nada tenía que ver con nuestro vehículo. Pero eso no pareció importarle al conductor del C4. Un impulso lo obligó a levantarse tras el lamento, y a abrir la puerta, pese a todos los viajeros que íbamos con él.

Después me levanté – creo recordar que fui la primera en hacerlo – y vi lo que estaba sucediendo. Era un chaval, que no aparentaba tener más edad que yo, tirado en el suelo. La gente, ciertamente atónita, se acercaba con lentitud. Y entonces el conductor de mi autobús corrió como si le fuera la vida en ello. Se acercó al muchacho, se agachó junto a él y sacó el móvil. No tardó en comunicarse con emergencias. Y lo que hizo después, que fue por eso que he decidido contar esta historia, que es por esto por lo que esta persona merece ser mencionada, el hombre le estrechó la mano.

Yo pensé que ese gesto es en lo que menos se repara cuando sucede algo de estas características, pero es lo único que tengo claro que me gustaría que me hicieran a mí. Porque ese chico sintió que no estaba solo, y probablemente eso lo volvió más fuerte. No era más que un niño. No imagino cómo hubiera actuado yo. Siendo el chaval... o siendo el valiente conductor de autobús.

Cuento esto, porque tras ese momento, sucedió todo con normalidad. El conductor volvió y siguió con su jornada, y la gente ni siquiera le felicitó. Estaban más pendientes de lo que sucedía fuera. Lunáticos.

Es cierto que yo tampoco le agradeci. No encontré valor para hacerlo. Lo que sí tengo claro es que cuando mi madre tiene un día libre, y quiere llevarme al instituto, yo insisto en que no lo haga. No sé porqué, pero me siento segura con este conductor. Quizás por eso he decidido escribir la historia desde el asiento que está detrás suya, en el C4.